OSCUROS BARROCOS DEL SUR DEL SUR

Publicado por: FSRBanda
Publicado el : 12-3-2012 0:52:31

Hacia el invierno sur surcando un sonoro verde estrellado por la lluvia de las comarcas del mapuche, cruzando los climas, los vientos fríos, los humos, la calle ancha con sus rosas rosadas, y luego hacia el bajo hasta el rió lento de mansas aguas verde botella. El estero sumergido en la anchura de la niebla, en su desembocadura está la luna con un halo difuso en imperfecto creciente asomada por una quebradura del cielo negro noche, y hacia la naciente de las aguas camaroneras las estrellas marcando el sur del sur con sus brillos acerados de diamantes nocturnos. Una nube como ola se devuelve por el rió ancho y aun dormido sin estrépito de rompiente y lenta como si viniera de un mar adentro sin apuro. Y se derraman las brumas cerro abajo por el borde del cauce con su humedad fría y mortecina. El sol mañanero es un leve rubor en el borde bordado la alta nubosidad asustando los queltehues y despertando las pocas casitas repartidas en un azar estepario por las riberas del espejo del río que duplica la trama de los bosques de ulmos, avellanos y raulíes mientras el sol ya estalla allá en el oriente entre cantitos de pájaros entumidos. Después, otra vez el rió manso, detenido, de una tonalidad azul verdosa de aguas muertas entre hondas espesuras de umbrosos bosques nativos. Un olor a lluvia inminente, certeza que no se cumple porque un sol acongojado se escapa de los algodonales de las nubes grises para ir a deslumbrarse en el cristal detenido del río verde de reflejos de los bosques inmemoriales. Porque el amanecer es solo eso; un deslumbrón tardío de un sol acobardado ente la majestuosidad de un paisaje prehistórico pintado por las centurias con la paleta de los mil y un matices del verde. Un chucao estrepitoso e invisible define sus coordenadas instaurando la mañana. Tiuques y queltehues lo secundan desde el azul cielo y el verde potrero. Una jungla de quilas, canelos y árboles de leña, barro por el sendero de los bueyes, aguas en las huellas, nalcas y helechos verdeando los taludes de esquistos y cuarzos. Selva entinglada de renovales, claros con pastos duros y florcitas amarillas como dibujadas con sus abejas seducidas lejos de sus coloridas colmenas. Entonces la lluvia intermitente y lejana, inalcanzable, como si no lloviera, los tordos fúnebres antes del viento con su tráfico de nubes, abajo el río ancho herido de una estela alba antes del silencio. Se cruzan las estaciones y los climas bordeando el rió bordeado de las mismas florcitas amarillas y pedregosas arenas gruesas y arboledas, donde el otoño está en las moras negras y rojas de las zarzamoras, en los ocres incipientes de las hojas de los árboles cabizbajos. Un yeco negro o su sombra o su silueta vuela bajo el nublado al borde lluvia. Los leñadores clandestinos hacen brotar sus rojizas varas de leña a la orilla del camino que bordea el río para los fuegos hogareños del invierno o suben río arriba en sus lanchones leñeros por el sosiego del atardecer silencioso. Un croar de ranas asoma la noche con su barullo de circo para que la soledad se quede parpadeando detenida y no se la lleve el río hasta el mar del bajo y se confunda con las arenas de la barra y al picoteen las gaviotas hambrientas. Tristes bueyes bajo la brusca nubada de lluvia, lentos, cansinos, como a tranco dormido en la yunta. Llueve, hay viento, leves arreboles se van yendo, allá por el frente sobre el monte en sus verdes oscuros la luna impávida que fulge su esplendor de plata cristalizada mira desde un claro del cielo, nubes oscuras que los bosques destilan, el río como siempre, lento. El atardecer aun no se desmorona y ya las ranas croan equivocadas/engañadas/confundidas por la luna. El sol es un escándalo de vagos amarillos esplendiendo por el oscuro vértice femenino de los montes entramados de boscajes. Es el amanecer último; llueve.